

...la transición de un estado a otro...  
...los efectos de la...  
...al otro lado...  
...del mundo...  
...que se...  
...y no...  
...aunque...  
...a veces...  
...y que...  
...para...  
...in...  
...pedir...  
...por...  
...de...  
...de...  
...y...

## DISCURSO

LEIDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO  
SEMINARIO DE MONTERREY, LA NOCHE  
DEL 15 DE OCTUBRE DE 1882.





**A**CIAGO, Señores, aciago en extremo ha sido para las letras en mi diócesi el año académico que hoy vemos espirar. En este mi principal gimnasio, las enfermedades han asaltado con tanto tesón y por tanto tiempo á superiores y alumnos, que si bien no tenemos que lamentar la defunción de uno solo, lloramos sí mucho tiempo perdido, y á algunos sujetos muertos para las ciencias y para la Iglesia. Básteos saber que la escuela de física, que empezó con trece alumnos, sólo contaba dos cuando hace pocos días vine á presenciar su examen público, y á deleitarme con la destreza de los cursantes en el manejo de nuestros numerosos instrumentos. La tragedia que acabáis de ver re-



presentarse por nuestros escolares ha estado á punto de omitirse del todo, á pesar de los anuncios del programa; pues ayer aún los principales actores estaban postrados en el lecho del dolor, y antes, las enfermedades consecutivas de otros varios alumnos de la clase de declamación habían obligado al director á hacer pasar de unas manos á otras manos los papeles, sin saber ya á quién confiarlos, impedidos como se hallaban casi todos por molestas, aunque no graves, dolencias.

De aquí deduciréis cuán aflictivas han sido nuestras circunstancias, y qué esfuerzos sobrehumanos habrá tenido que hacer el benemérito Rector de este plantel para proporcionarme tres sacerdotes y algunos ministros inferiores, en los últimos desastrosos meses. Constancia prodigiosa se ha necesitado en profesores y alumnos, para continuar los estudios en medio de tantas contradicciones, y poderme obsequiar con un brillante acto público de filosofía tomística, y con otros no menos dignos de elogio, de Derecho canónico, de historia eclesiástica y profana, y de otros ramos tan variados como numerosos.

Pero si muchas son las materias de enseñanza, pocos, muy pocos, son los alumnos. Mis palabras de hace un año fueron arrebatadas por el viento, y me veo en la triste necesidad de deciros, que ni párrocos ni fieles (salvo honrosas excepciones) se han penetrado de la necesidad imperiosa de que cada pueblo envíe dos ó tres jóvenes por lo menos, á recibir su educación en el Seminario. La antigua pretensión se renueva cada día en la misma forma. No hay villa, no hay aldea, no hay granja por insignificante que sea su nombre, que no pida sacerdote; pero

todos parecen exigir de mí que los forme de la nada, pues ni las más grandes poblaciones me dan el debido contingente de aspirantes al estado eclesiástico.

Motivos, y muy suficientes, de tristeza, son los que acabo de manifestar; y no son, sin embargo, los mayores. Todos tenéis noticia del magnífico liceo diocesano que fundó mi Predecesor en el Saltillo, y que yo he cuidado como la niña de mis ojos, pues amo con particular predilección al pueblo para cuyo bien se ha establecido, y por cuya prosperidad suspiro más que por mi propio bienestar. Su dirección fué encomendada al Presbítero D. Ignacio Velasco, y no hay quien ignore las relevantes prendas de este digno eclesiástico, que creó, nutrió y engrandeció el pequeño plantel á sus afanes cometido. Hábil administrador, con pocos fondos hizo verdaderos milagros; padre, más bien que superior, de los educandos, de todos se hizo amar, y á todos dirigió por la senda de la virtud; docto en diversas ciencias, literato y humanista distinguido, poeta no mediano, músico entendido, hizo florecer todos estos ramos, y elevó el colegio á una altura digna de la categoría de la Capital en que se encuentra, y muy sobre el nivel de lo que hubiéramos osado esperar hace algunos años.

Pues bien, Señores, á este hábil director, á este virtuoso sacerdote, benemérito del Saltillo y de Coahuila, de la diócesi de Linares y de México en general; á este buen padre y amigo, cuyas raras cualidades me eran bien conocidas, años antes de soñar siquiera que habíamos de trabajar juntos para vuestro bien; á este experimentado maestro de espíritu, que escogí para guía de mi clero y mío propio en el primer solemne Retiro despues



de mi llegada al obispado, á este Apóstol y confesor de Jesucristo. . . . ¡lo hemos perdido!

Nacido hace poco más de nueve lustros en la República de Nueva Granada, que después ha querido llamarse Colombia, el Padre Velasco ha recorrido muchos países de ambos Mundos y ejercido su ministerio en España y varias de sus islas, en el Ecuador y en Centro América, en los Estados-Unidos y nuestra México. Las vicisitudes inseparables del ministerio apostólico lo condujeron de nuevo á su patria, hace muy pocos años; y la importante ciudad de Pasto, recién erigida entonces en sede episcopal, tuvo ocasión por muchos meses, de admirar su ciencia y sus virtudes, su celo y sacerdotal abnegación. No olvidaron aquellos buenos fieles á su distinguido compatriota, aunque separado de ellos y oculto á los ojos del mundo; y hoy, Señores, nos lo roban, si robar podemos decir el recobrar lo que les pertenecía de derecho. La Santa Sede lo ha designado para ser el segundo Obispo de la diócesi que acabo de nombrar; y obedeciendo á órdenes ineludibles, ha marchado hace pocos días á ceñir la mitra que tanto merece. ¡El cielo te acompañe, buen Padre y amigo, como te acompaña mi pensamiento desde el día que la rápida locomotora te apartó de mi vista! ¡Los tempestuosos mares que ahora vas recorriendo, no se enfurezcan contra tí; y las altísimas montañas de tu patria, aún no domadas por aceros ríes, y ni siquiera accesibles á la carreta, te alegren con su aspecto majestuoso y no presenten obstáculo á tu celo jamás desmentido!

Es proverbio vulgar, pero casi siempre verdadero, que el mal nunca viene, sino acompañado de otro mal.

¡Pluguiese al cielo que no fuese cierto para nosotros!... ¡Hijos de Monterrey! Esa voz que habéis escuchado con avidéz y cristiana atención en nuestros púlpitos, que os ha enseñado dulces verdades y atraído á la penitencia y á la virtud, presto enmudecerá para vosotros. ¡Jóvenes seminaristas! El que ha sido cuatro años vuestro Rector y vuestro padre; el que á no pocos de vosotros ha conducido hasta el altar y á otros muchos ha hecho subir sus primeros escalones; el varón recto á quien profesáis veneración y amor, y que no sólo ha sido mentor vuestro, sino compañero y guía espiritual de vuestro Prelado, pártete lejos de nosotros á llevar á otras regiones de nuestra patria sus luces y sus bendiciones.

Comprendo vuestro dolor y sé bien cuán funesta es la nueva de que me he constituido fatal mensajero. Cuando yo, conocedor íntimo de sus méritos; yo, su amigo desde la adolescencia y su concolega amante y querido; yo, su Prelado á la par que su hijo de espíritu; yo, de quien ha sido él en esta ciudad el fiel, asiduo y casi único compañero; cuando yo, Señores, lo dejo partir, es porque no es posible retenerlo. El dolor y su presencia me impiden decir más. Creo, no obstante, ser intérprete fiel de vuestros sentimientos, al decirle públicamente que desde la separación de vuestro antiguo Prelado y Predecesor mío, ninguna pena ha sido tan profunda para Monterrey, como la que le causa la pérdida de nuestro querido Presbítero D. Eduardo María Montaña.

Tanto el Colegio del Saltillo, Señores, como nuestro Seminario de Monterrey, seguirán su curso, como toda humana sociedad, á pesar del cambio en las personas. ¡Rogad á Dios para que los sucesores de los ilustres va-



rones que perdemos, continúen con igual éxito y constancia la obra meritoria de los que les han precedido!

En circunstancias ordinarias aquí debiera terminar mi breve alocución; pero yo os ruego que dominéis vuestro dolor, como yo ahogo mi pena, y me escuchéis aún algunos instantes.

Hoy hace tres siglos que volaba al cielo el alma cándida de una virgen, con cuyo amor ardiente y ternísimo al divino Esposo puede solo compararse el de la penitente de Mágdalo, que como mística y castiza escritora no conoce rival en su sexo. Hoy que tanto ha prevalecido la costumbre de celebrar los aniversarios seculares de hombres grandes, según el mundo, y (¿por qué callarlo?) de grandes malvados, la Iglesia y la Ciencia, la España y el orbe entero, han querido solemnizar con ruidosas fiestas sagradas y profanas, literarias y artísticas, religiosas y científicas, el tercer centenario del tránsito de Santa Teresa de Jesús. Nosotros también, ya que tributarle más altos honores no está á nuestro alcance, nos hemos complacido en poner en este día bajo la protección de la Reformadora del Carmelo, á nuestro clero y nuestro Colegio, los estudios y las vocaciones de nuestros jóvenes levitas.

¡Alba de Tormes, que encierras en tu afortunado seno la tumba y las reliquias de la insigne doctora! ¡Quién pudiera hallarse esta noche en el sagrado recinto de tu antiguo santuario! ¡A quién fuera dado unirse á la innumerable multitud de piadosos peregrinos, que de todas partes han acudido hoy á visitar el precioso sepulcro que forma tu legítimo orgullo! Dichosos mil veces los que, ya dentro tus muros, ya en la renombrada Sa-

lamanca, escuchan estos días los loores de la gloriosa Teresa, ya en prosa, ya en verso, ya en el severo idioma de Castilla la Vieja que ella habló con tanta pureza, ya en los de Francia ó Inglaterra, de Italia ó de Alemania, del Lacio ó de la antigua Grecia. Felices los artistas que han consagrado su voz sonora y sus músicos instrumentos, su ingenio inventivo y su armonía creadora, á la que entonando un cántico nuevo, que sólo al coro de las vírgenes es dado modular, sigue de cerca desde hace trescientos años al Cordero Inmaculado, y lo seguirá por toda una eternidad.

Ya que no me es dado pronunciar hoy el panegírico de Teresa de Jesús, ni bajo las bóvedas del templo, ni en la forma menos solemne de discurso académico, séame lícito al menos consagrarle este recuerdo de veneración y de amor. ¡Quién creyera que una débil mujer, sin recursos materiales, sin protección y rodeada de opositores y enemigos, había de llevar á cabo la reforma del orden carmelitano de ambos sexos, precisamente en la época en que á Lutero y á otros muchos cenobitas, á Catalina Bora y no pocas monjas, empezaban á pesar la cogulla y las tocas! El éxito tan feliz con que llevó á cabo su obra colosal, en tiempos para la Religión tan adversos, debe alentarnos á nosotros, á pesar de los tristes días en que nos ha tocado vivir. Educar y formar un clero, que por su virtud austera, su ciencia sólida y severa disciplina, haga frente á la impiedad reinante y ayude á los Pastores á conducir la nave de la Iglesia á puerto de salvamento; he aquí nuestra misión. Yo pongo á mis sacerdotes y á los aspirantes al estado eclesiástico bajo el amparo de la incansable virgen, que



durante su vida hizo treinta y dos fundaciones, y cuyo instituto, poco después de su muerte, contaba sus súbditos de ambos sexos por centenares de millares.

¡Jóvenes seminaristas! Celestial llama la Iglesia á la doctrina de la Virgen de Ávila; y celestial y sabrosa la hallaréis vosotros sobre toda ponderación. Sus tres obras, que podemos llamar históricas, á saber: su *Vida*, escrita por orden de sus superiores, sus *Relaciones espirituales*, y sus *Fundaciones*, encierran no sólo deliciosos relatos de hechos más ó menos interesantes, sino ciencia profunda y sabias lecciones. No os imaginéis que los preceptivos, como son las *Constituciones*, los *Avisos* y la *Visita de conventos*, contengan únicamente áridas reglas, buenas á lo sumo para un guardián ó una priora: el estilo encantador de su ligera pluma campea en todos ellos, á pesar de la índole tan diversa de éstas y de las obras que llamamos doctrinales, y son: el *Camino de perfección*, los *Conceptos del Amor divino* y *Las Moradas*. En las últimas, sobre todo, veréis retratada su alma amantísima, y descubriréis á primera vista su colosal ingenio y eminente santidad.

En vuestra vida escolástica habréis tenido ocasión de observar que la virtud no es adusta, y que la buena conciencia y la pureza de costumbres se manifiestan en una perpetua sonrisa, y en ciertos arranques de espiritual alegría. De ello nos muestra un ejemplo patente la santísima Reformadora del Carmelo. Tres libros de poesías místico-eróticas compuso, desahogos de aquella alma tan tierna como inocente, que se hallaba de continuo, según ella nos dice, *en sabroso desasosiego*, y necesitaba *dar voces en alabanza de su Señor*, prorrumpiendo en *muy senti-*

*das coplas*. Estudiad también éstas, y cultivad vuestro entendimiento con el trato de doctas y distinguidas personas, como lo hizo Teresa de Jesús aun en el fondo del claustro, debiendo á él en gran parte la galanura de su estilo y la tersura de su lenguaje.

Quiera la santa escritora interponer su divina intercesión para que el Señor nos conserve, en toda nuestra patria y especialmente en estas fronteras, el idioma castellano, y las doctrinas que ella en esa lengua enseñó. Haga su patrocinio que luzcan mejores días para nuestro Seminario, y que al encontrarnos en este recinto dentro de un año, pueda rendiros mejores cuentas de la salud y número de nuestros educandos; daros igual razón, por lo menos, de su aprovechamiento. Haga la Divina Providencia que, cuando de aquí á un siglo, la generación venidera se reúna á celebrar el cuarto centenario de la doctora de Ávila, floten otra vez en nuestra patria los cándidos mantos del Carmelo, y resuenen las alabanzas de la Santa, cantadas por millares de vírgenes, libres de nuevo en el recinto de sus claustros reedificados.

